

Sándor Márai

# LO QUE NO QUISE DECIR

Traducción del húngaro de  
Mária Szijj y J.M. González Trevejo



salamandra

Título original: *Hallgatni Akartam*

Ilustración de la cubierta: © *David Seymour / Magnum Photos / Contacto*

*Copyright © Heirs of Sándor Márai, Csaba Gaal, Toronto*  
*Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.  
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99  
[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-678-3  
Depósito legal: B-2.580-2016

1ª edición, marzo de 2016  
*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

«Pero quiero vivir a toda costa hasta terminar este libro, el tercer tomo de *Confesiones de un burgués*.»

(*Diario*, 1949)



# UNO

## 1

Quise callar. Sin embargo, el tiempo me obligó a reflexionar y me di cuenta de que era imposible. Más adelante comprendí que el hecho de guardar silencio ya era en sí una respuesta, tanto como hablar o escribir. Y a veces callar ni siquiera es la respuesta más inofensiva. Nada molesta tanto a la autoridad como los silencios que la niegan.

Me gustaría contar lo que sucedió con la cultura burguesa durante los diez años que se iniciaron el día del *Anschluss*<sup>1</sup> —y la elección de esta fecha no es arbitraria—, símbolo del fin de la independencia del Estado austríaco. Creo que hoy todo el mundo sabe que aquel día se derrumbaron los vestigios que quedaban de la Vieja Europa. Me gustaría contar lo que sucedió a lo largo de esos diez años hasta esa madrugada<sup>2</sup> en el puente del Enns —donde terminaba la frontera rusa, conocida entonces como el Telón de Acero—, en la que un soldado soviético entró en el compartimento de nuestro coche cama, nos pidió los pasaportes, hizo un saludo militar y nos despejó el camino hacia el exilio voluntario. En esos diez años no sólo hubo países enteros que se desintegraron y desaparecieron del mapa, tronos y poderosos regímenes políticos

aniquilados. En esos diez años desapareció también toda una forma de vida y toda una cultura. Yo había nacido en el seno de esa forma de vida y esa cultura, y cuando advertí que en mi patria se había extinguido ese modo de vida burgués me invadió una calma extraña. Por aquel entonces se habían publicado las memorias de Churchill sobre la guerra, y al final del primer volumen leí esta frase: «Los hechos valen más que los sueños.»<sup>3</sup> Acabábamos de despertar de un sueño. Trataré, en la medida de lo posible, de relatar los hechos.

## 2

Recuerdo el día con exactitud. En esa época yo era un escritor y periodista de renombre en Budapest. Un importante diario liberal publicaba mis artículos. Una de mis obras de teatro se estaba representando con éxito rotundo en Hungría y en el extranjero. Salían innumerables ediciones de mis libros tanto en húngaro como en otras lenguas, y había momentos en los que realmente llegué a creerme un escritor consagrado, sin otra preocupación que encauzar mi talento, hacer planes de futuro y ocuparme de mis lecturas, esperando que al final de mis días el país hiciera de mí un *poeta laureatus*. [Me habían elegido miembro de la Academia de Ciencias de Hungría. Es cierto que nunca me aclararon el porqué, y yo tampoco me explicaba la razón de semejante honor. Probablemente se debía a que tenía cierta reputación, no era un ladrón, nunca me había visto involucrado en ningún escándalo y, a grandes rasgos, cumplía con el perfil que, según los miembros de la Academia, debía tener un trabajador intelectual para encajar en sus filas. Además,

provenía de lo que se conoce como una buena familia.]\* Si me pongo las gafas y miro de reojo al pasado, ése es el personaje que veo.

No escribo todo lo anterior con la intención de esbozar una personalidad insustancial o poco simpática. Tampoco pienso que un escritor sea un ser humano aparte, más interesante o peculiar que cualquier otro. No obstante, me parece que para poder plasmar con la mayor fidelidad posible la esencia de lo transcurrido en estos diez años, debo recordar la persona que era en ese momento. El escritor y el artista son hombres como los demás —si uno no tiene en cuenta sus ideas delirantes, obsesivas y monomaniacas, fruto de la vanidad tanto del escritor como del artista—, y sin embargo, su sistema nervioso es capaz de percibir con más inmediatez y sensibilidad cualquier mínimo cambio en las relaciones existentes entre los seres y el mundo. Creo que el mundo no sólo es materia y que el espíritu no sólo es una consecuencia química o eléctrica de la materia. Creo que «al principio era el Verbo» y que «el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas». También creo que estas palabras del Génesis no las escribieron al azar literatos dotados de una imaginación desbordante. La Humanidad cuenta con libros ancestrales, como los Vedas o la Biblia, que recogen y ponen en palabras toda la información que el hombre podía conocer acerca de sus propios orígenes y los del mundo. Y a veces sucede que con el tiempo la ciencia viene a confirmar lo que contaban los mitos tomando caminos mucho más enrevesados. Insisto, no creo que el escritor, como ser humano, sea más importante o

---

\* Los fragmentos que figuran entre corchetes están tachados por el autor en el manuscrito original. (*Todas las notas al pie son de los editores.*)

desempeñe un papel más relevante en la sociedad que un ingeniero, un médico o cualquier persona honrada e inteligente que realice un trabajo para el que no se requiera un don específico. No es una cuestión de utilidad ni de importancia. Sin embargo, el escritor y el artista cuentan con una especie de facultad que es básicamente de orden espiritual. El escritor, el artista, tiene intuiciones que —a modo de visión intelectual, es decir, de creación— muestran la realidad; la muestran incluso cuando todavía es una especie de nebulosa en el horizonte humano, algo en desarrollo, en gestación, un principio mítico. Así pues, al tratar de imaginarme lo que pasó aquel día en el mundo, no pretendo otra cosa que registrar las observaciones de una máquina. Y esta máquina, este instrumento, era yo, un escritor, en un país europeo.

Dado que en este país europeo que es mi patria un escritor no podía aspirar a ganarse el pan con la poesía pura y la literatura artística, me vi obligado a ejercer de periodista, al igual que la mayoría de escritores húngaros, para ganar unos pasteles además del pan que nos proporcionaban a mí y a mi familia mis escritos con visos literarios. Los heroicos y devotos cultivadores de literatura pura siempre despreciaron esta ocupación secundaria; la calificaban de traición a la alta literatura y la estigmatizaban como una variante de la «traición de los eruditos». Creo que no tenían razón. El periodismo —obviamente, no los reportajes o artículos políticos, sino los artículos informativos y amenos escritos con los más nobles recursos literarios— es una excelente escuela para los escritores. El papel de periódico, aunque tenga una existencia efímera, es un gran transmisor de mensajes entre escritor y lector. El escritor que publica con regularidad y sin venderse a nadie en un diario que subsiste gracias a la benevolencia



y la confianza de los lectores se convierte poco a poco en un miembro íntimo del círculo familiar. Inmerso día tras día en esa atmósfera, es capaz de percibir el eco de sus escritos y de su propia identidad como escritor. Esta familiaridad implica ciertos riesgos, pero también tiene un enorme poder pedagógico. Con esta elevada forma de periodismo se ganaron el pan de cada día muchos de los escritores más importantes de mi país, y no sólo eso: ejercitaron la disciplina y tuvieron la oportunidad de percibir de manera directa los efectos de su trabajo. No hay mejor escuela que esta percepción inmediata. De modo que en ningún momento me pareció que el hecho de dar a conocer diariamente mis ideas en un periódico, de poder conversar con mis lectores, con cientos y cientos de miles de personas invisibles pero tan presentes, fuera un lastre o una traición a mi misión como escritor. En el seno de ese círculo íntimo y familiar, me sentía aceptado, acogido y protegido.

Aquel día entré en el despacho de la redacción sintiendo lo mismo. Recuerdo que por la noche tenía previsto ir al teatro. Estaba de buen humor. Trabajaba con soltura —tenía treinta y ocho años—, vertía sobre el papel las palabras de artículos y reseñas con tanta facilidad que en lugar de un trabajo parecía una distracción, un divertimento. Había aparcado delante del gran edificio del periódico el pequeño y bonito automóvil que yo mismo conducía. En aquella época vivía sin preocupaciones. Me gustaría decir que sentía remordimientos por tener éxito y vivir con holgura, pero en aquel entonces no sentía ningún tipo de remordimiento; ni por un momento me consideraba un erudito traidor. Más adelante, al hacer una y otra vez examen de conciencia, ya no pude justificar mi actitud tan a la ligera; ni la mía, ni la de los demás. Más

adelante yo también llegué a la conclusión de que tenemos derecho a exigir a las personas que se ocupan de la educación y del gobierno —es decir, escritores, pedagogos, políticos, artistas y hombres de Estado— que se entreguen con heroísmo a la resistencia y den ejemplo con su vida y su trabajo. Pero es una cuestión muy difícil y esa exigencia resulta compleja. ¿Realmente el talento y el papel que uno desempeña requieren de una especie de ascesis? ¿Habría podido cambiar algo de lo que ocurrió después si no hubiera trabajado con buen humor y desenfado en los años precedentes? ¿Si hubiera rechazado la sospechosa luz del fuego fatuo del éxito y, como un implacable Savonarola, me hubiera lanzado a las brasas de la hoguera? Es una pregunta complicada y soy incapaz de responderla. En cualquier caso, no habría cambiado nada y tampoco es que yo fuera un Savonarola. Era un escritor y periodista de cierto renombre en un pequeño país de Europa del Este. Estaba de buen humor, feliz de gozar en plena salud de la edad adulta, del placer que me proporcionaba mi trabajo y de constatar que éste no era del todo infructuoso. Así pues, como casi todas las tardes, aquel día crucé la puerta de la redacción con esa alegría de vivir. Entregué al ordenanza mi abrigo y mi sombrero, revisé el correo con mano apresurada, encendí un cigarrillo y me puse a pensar en la primera frase del breve artículo que me disponía a escribir a toda prisa para el día siguiente (a toda prisa porque esa noche me esperaban en el teatro).

Aquel tipo, en aquella situación, tal como lo acabo de describir, no era otro sino yo. Poco después, entendí que la esencia de aquel «yo» que conocía, que había educado, creado y cuya existencia daba por cierta, ya no existía.

La puerta se abrió y el ocupante del despacho contiguo de la redacción, un colega mayor que yo, se detuvo en el umbral. Era un hombre calvo que no paraba de carraspear por culpa de una laringitis crónica.<sup>4</sup> También entonces tosió, y dijo en voz baja:

—El referéndum no se va a celebrar.

Me quedé paralizado detrás del escritorio con un cigarrillo entre los labios y el mechero encendido en la mano. Entonces me fijé en el visitante. La historia no suele pillarnos «históricamente preparados»; la mayoría de las veces, cuando nos enteramos —en los últimos tiempos, por la radio— de que algo ha terminado de forma irreversible en el mundo, estamos en pijama o afeitándonos. Encendí el cigarrillo, exhalé el humo y permanecí en silencio. El pequeño hombre calvo —dirigía la sección económica del diario, era un ferviente húngaro, seguidor de las ideas de Kossuth y de la confederación danubiana— volvió a toser. Estaba muy pálido; sólo entonces me di cuenta de que tenía el rostro blanco como la tiza.

—Schuschnigg ha dimitido —añadió.

Se quedó un rato en el umbral, turbado, como si se avergonzara de algo. Miraba el suelo y la punta de sus zapatos, desconcertado. Como yo no le decía nada, carraspeó, se encogió ligeramente de hombros y se marchó, cerrando con suavidad la puerta de vidrio esmerilado a sus espaldas.

Me quedé solo y —como a menudo recordaría más adelante— también a mí me invadió un turbador y confuso sentimiento de vergüenza.

• • •

## 4

Ese día llegué tarde a casa. Era una noche estrellada y cálida de principios de primavera. En esa época todavía estaba en pie el Puente de las Cadenas; debían de ser las dos de la madrugada cuando lo crucé en coche. En las alturas de Buda brillaban con intensidad todas las ventanas del palacio del primer ministro. Normalmente, el bello edificio sólo se iluminaba de ese modo para las celebraciones oficiales. Desde el puente daba la impresión de que en las colinas resplandecían las luces de una fiesta suntuosa y magnífica. Cuando llegué al aparcamiento de Buda, me encontré con tres polvorientos coches con matrícula austríaca aparcados en fila delante de la entrada. De los vehículos salían mujeres y niños exhaustos. Un hombre negociaba con el encargado del aparcamiento:

—No merece la pena lavarlos —dijo el hombre con voz ronca—, mañana seguimos nuestro camino.

Es de creer que desde entonces no hayan dejado de «seguir su camino». Hace ya diez años. Me hice a un lado y esperé a que los fugitivos entraran en el aparcamiento. Fui el último en hacerlo. No me di cuenta en ese momento de que me estaba sumando a la fila encabezada por la familia austríaca fugitiva. He tardado diez años en comprenderlo, con todas las consecuencias que ello conlleva.

## 5

Fui a casa y me acosté. Dormí profundamente. Mientras dormía sucedieron muchas cosas. Diez años más tarde leí en las *Memorias* de Churchill que aquella noche el primer ministro británico, Chamberlain, había recibido al mi-

nistro de exteriores alemán, Ribbentrop, y a su esposa en el 10 de Downing Street, en Londres.<sup>5</sup> Durante la cena, en la que Ribbentrop hizo gala de un humor inusualmente bueno y habló de forma distendida con sus vecinos, a Chamberlain le entregaron un telegrama. Le informaban de que las tropas alemanas acababan de cruzar la frontera austríaca.

Yo no podía saber nada de todo eso, ni tampoco de tantas otras cosas, en el momento de meterme en la cama después de esa velada tan interesante... Todavía no sabía lo que se iba a desencadenar a partir de esa noche con el rigor de una progresión geométrica. No sabía que Schuschnigg había intentado en vano establecer contacto telefónico con Mussolini; el palazzo Venezia no contestaba... Las «legiones romanas» que, según palabras de Mussolini, montaban guardia en los Alpes, con las «armas listas», no movieron un dedo en defensa de Austria, ni aquella noche ni más adelante. Diez años después nos enteramos de que no se habían movido porque no podían hacerlo: si lo hubieran hecho, los alemanes las habrían borrado del mapa; en esa época los alemanes eran más fuertes que los italianos, los franceses y los ingleses juntos. Hitler calculó bien y su emisario, Ribbentrop, no se había equivocado al animarle a invadir Austria y luego entrar en Praga; los franceses y los ingleses no estaban preparados, y los ciudadanos de los países democráticos no deseaban la guerra.

El Führer hizo caso a Ribbentrop y también a la «voz interior» que a veces le hablaba en la soledad de las montañas de Berchtesgaden. Allí preguntó a sus generales si se veían capacitados para asumir militarmente la empresa austríaca. Los generales se encogieron de hombros, le respondieron que desde el punto de vista militar la empre-

sa era un juego de niños, pero ¿qué pasaría si Francia e Inglaterra les declaraban la guerra? Hitler hizo caso omiso a los generales y esta vez acertó. Ese juego de preguntas y respuestas se repitió cuando Hitler entró en Praga; los generales alemanes tuvieron que morderse la lengua y reconocer que Hitler volvía a tener razón. «Este hombre sabe algo...», pensaron. Un año después, cuando Hitler emprendió la marcha sobre Polonia, los generales alemanes ya no preguntaron nada; se limitaron a cumplir felizmente las órdenes del Führer. No sabían, porque no podían saberlo, que la frontera polaca era el límite y que al cruzar ese límite Hitler se encontraría al borde del precipicio. Las democracias que hasta entonces, aunque a regañadientes y entre maldiciones, se habían tragado todas las injurias y humillaciones, ahora, ante ese «acontecimiento polaco» —cuando estaban igual de mal preparadas y su población tan poco predisuelta a morir por Danzig como lo había estado por Viena o Praga—, sin contar con el dispositivo militar adecuado y pese a tener en contra la opinión de la ciudadanía, se vieron obligadas a declarar la guerra a Hitler. Aquella noche, en el estado de Ohio y en el de Massachusetts, jóvenes de dieciséis y diecisiete años dormían plácidamente sin sospechar que al cabo de tres o cuatro años iban a morir en Italia, frente a Formia o Padua, o en algún puerto francés. Ni en sus peores pesadillas se les podía pasar por la cabeza.

Esa noche ocurrieron muchas cosas. Yo dormí profundamente, pero seguro que tuve sueños angustiosos. En ese momento se estaba acercando a mi vida algo que ya había *conocido* y que temía; pero la naturaleza humana es tal que, aunque nos separen sólo ochocientos kilómetros de la realidad, no somos capaces de ver más que fuegos fatuos en la niebla. En aquel entonces hacía ya una década

que Hitler era una realidad; todo lo que evocaba su nombre se arremolinaba en la atmósfera humana entre vapores siniestros. Pero se arremolinaba en algún punto de Alemania, así que, de hecho, para nosotros no era una verdadera realidad. Nos preocupaba su aparición, discutíamos con pasión y desprecio sobre la trascendencia del fenómeno, seguíamos con atención cómo sembraba sus semillas en ciertos estratos de nuestra sociedad, entre los pequeñoburgueses y los obreros. Pero nunca creímos que un día pudiera convertirse en lo que habíamos temido en secreto.

Uno nunca termina de ver la muerte como algo real. La tememos, la experiencia nos dice que se trata de algo inevitable, pero en el fondo de nuestro corazón y de nuestra conciencia hasta el último minuto albergamos la esperanza de que se hará una excepción con nosotros; de que se descubrirá el remedio milagroso que alargará hasta el infinito la vida humana y que nosotros, en particular, no moriremos. Por supuesto todos sabemos que se trata de un anhelo ridículo. Aun así, no creemos en nuestra propia muerte. De otro modo reinaría un pánico constante en nuestro corazón. Sin embargo, a veces la nebulosa conciencia de la muerte emerge de las oscuras profundidades del alma y ese pánico estalla. Por un momento dejamos de engañarnos y percibimos con absoluta certeza que todo lo que somos desaparecerá irremediablemente en cuestión de segundos: ése es el pánico. La mayoría de la gente responde a este instante con un sentimiento violento. El pánico deriva siempre en *agresividad* y entonces nos agredimos a nosotros mismos y a los demás.

Aquel día fue uno de esos momentos de pánico. De pronto el temor se hizo realidad. Por la mañana, al despertar, la prensa me anunciaba con grandes titulares

la renuncia de Schuschnigg y «la suspensión del referéndum». La radio de Viena callaba y las emisoras locales y extranjeras se aclaraban la garganta y carraspeaban, preocupadas y desconcertadas. Más tarde, la radio vienesa empezó a transmitir música. Fue el primer sonido que nos informaba de que algo estaba sucediendo más allá del río Leita.\* Esta historia musicalizada que, con el acompañamiento de alegres canciones de Schubert y traqueteantes marchas militares, daba a conocer a través de las ondas del éter que un país dejaba de ser un concepto histórico, que una ciudad había quedado destruida, que la amenaza de una masacre colectiva se cernía sobre millones de personas, se iba a generalizar durante los diez años siguientes hasta convertirse en moda. Seguramente, cuando cayó Cartago o cuando Aníbal marchó sobre Roma, no sonaba música en estas ciudades. Pero en Viena sí. Ese día, la radio escupía rimbombante música militar alemana y así, al son de marchas estridentes y alentadoras, la historia pregonaba que Adolf Hitler había irrumpido en la capital de los Habsburgo.

Me vestí, bajé al aparcamiento —los fugitivos austríacos ya habían «seguido su camino», pero otros coches polvorientos con matrículas de Graz y Viena ocupaban su lugar—, subí al coche y me dirigí a la biblioteca universitaria, donde tomé prestado un libro que sólo se podía conseguir allí, y luego me fui a la isla Margarita para jugar al tenis. El entrenador, que era una persona ya mayor y no le gustaba correr, devolvía las pelotas con tanta delicadeza que cualquiera diría que el objetivo del juego y el ejercicio físico era evitar a toda costa que nuestros corazones

---

\* El río Leita trazaba la frontera entre Austria y Hungría dentro del Imperio Austro-Húngaro.



se fatigaran más de la cuenta. Ese tenis terapéutico duró una hora. Después fui a la piscina, donde tras una ducha caliente el masajista me amasó los músculos; luego nadé unos centenares de metros. A continuación, con el alma apaciguada y el cuerpo tonificado, volví a casa con la satisfacción del deber cumplido. Allí me esperaba el correo y mi tarea diaria.

Me encerré en mi despacho. Vivía en la primera planta de un bloque de pisos de una silenciosa calle de Buda flanqueada por dos hileras de castaños cuyas copas empezaban a verdear frente a mis ventanas. Siguiendo el orden inmutable de mi rutina diaria, la criada, sin necesidad de pedírselo, me llevó un vaso de zumo de naranja y, un poco más tarde, una taza de café bien cargado. Durante la mañana desconectaba el teléfono; aunque, para evitar que los no iniciados molestaran con llamadas intempestivas al maestro mientras trabajaba, mi número era secreto. Me senté a la vieja mesa de refectorio que utilizaba como escritorio; era de madera de roble de veinte centímetros de grosor y la había comprado en un antiguo monasterio de la Alta Hungría. Encendí una lámpara de luz potente —trabajaba con luz artificial incluso de día— y estuve leyendo media hora una obra de reciente publicación. En aquella época, el correo me traía cada día una incómoda cantidad de libros, ejemplares que me enviaban los autores. Luego, durante una media hora más, leí otras cosas, sobre todo volúmenes de historia (en esos días me interesaba mucho todo lo relativo al *settecento*). A lo largo de las paredes de mi despacho se alineaban estanterías hasta el techo con unos seis mil libros —la mayoría en lengua extranjera, francés y alemán— ordenados sobre los estantes; cada seis meses tiraba los que me parecían superfluos. Tenía muchos diccionarios y en-

ciclopedias. Coleccionaba todo tipo de diccionarios que explicaran las correlaciones y los orígenes de la lengua húngara. En el despacho reinaba un silencio absoluto. Me puse a escribir.

Sólo redacté unas líneas, a mano, y luego pasé rápidamente a máquina lo que había escrito; al copiar, corregía el texto. Con este método de trabajo, el libro o la obra de teatro que estuviera escribiendo avanzaba una página al día. De treinta a treinta y cinco líneas, nunca escribía más de un tirón; a veces dejaba el manuscrito a media frase y al día siguiente la continuaba con el mismo aliento. Era el método de trabajo que más se adecuaba a mi sistema nervioso. Lo cierto es que en esto era muy estricto y siempre cumplía con la tarea diaria; una única página manuscrita. Ni algún que otro exceso, haber bebido vino la noche anterior, u otras tareas pendientes; nada me impedía sentarme al escritorio a las once de la mañana y escribir aquellas pocas líneas. Esa página diaria era lo que justificaba y daba sentido a mi vida y mi trabajo. Sin embargo, primero tenía que estar un buen rato leyendo las páginas escritas los días anteriores para volver a escuchar el ritmo y la melodía del texto. Sólo consideraba como trabajo propiamente dicho aquellos escasos renglones escritos en unos pocos minutos de la mañana con un esfuerzo nervioso, pero pleno. Todo lo demás, lo que escribía luego, por la tarde o por la noche —pequeños ensayos, crónicas costumbristas o artículos para el diario del que era colaborador fijo, o relatos y reportajes para algún semanario—, lo hacía con una sola mano, fumando, sin poner mucha atención. El trabajo eran esas pocas líneas escritas por la mañana.

El día en que Hitler entró en Viena se alineaban en uno de los estantes inferiores de mi despacho —en sus

profundidades, ocultos, para que ningún extraño pudiera verlos, porque curiosamente me daba vergüenza mostrar mis libros, no me gustaba exponerlos— treinta novelas y relatos, entre ellos algunas ediciones extranjeras, que certificaban la eficacia de este método de trabajo estricto y responsable. A los cuarenta años ya había escrito una pequeña biblioteca y experimentado con todo tipo de géneros. Este notable rendimiento se debía por completo a la página que escribía cada día por la mañana. El método no estaba mal, se lo recomiendo a todos los escritores jóvenes.

Ese día también escribí así, siguiendo el método de trabajo que había establecido dos décadas antes y que se había convertido ya en una forma de vida. Lo cuento sólo para perfilar mejor el personaje y mostrar lo lamentable y ridículamente desorientado que está uno en lo que respecta a su propio destino. Estaba allí, sentado en mi despacho, en un país en la frontera de Europa —cimentado desde hacía más de mil años sobre las bases de la cultura cristiana—, y creía que era escritor. Además, estaba convencido de pertenecer a una clase social y a una cultura, y también de que esa clase social y esa cultura tenían unos pilares sólidos. Sabía que en mi país en los últimos siglos, e incluso en las últimas décadas, la clase de los terratenientes, y en primer lugar los propietarios de latifundios, había seguido una política cultural que, si bien no privaba a ningún hijo de la nación de la oportunidad de recibir una educación —esa acusación es falsa—, tampoco había instaurado un acceso generalizado y total a la cultura.

El campesino y el obrero recibían una educación; podían estudiar si tenían los medios, el empeño o el talento para hacerlo, pero en esencia la cultura se sobrentendía como un patrimonio natural de las clases burguesas y

aristocráticas. Esta grave acusación no debe banalizarse. La única explicación que puedo dar, la única que conozco, es que en Hungría, como en la mayoría de los países europeos, los niños estaban obligados a asistir a clase. En las décadas anteriores se había registrado una loable disminución del índice de analfabetismo, que era inferior al de Italia o España. El hijo del campesino y el obrero húngaro había aprendido a leer y a escribir, y el dominio de la escritura y los conocimientos adquiridos en la escuela elemental le permitían acceder a estudios superiores. Muchos de ellos lo hacían, y, de hecho, en la época de los latifundios el campesinado y la clase obrera húngara aportaron un gran número de estudiantes responsables y dotados de talento que luego se integraron en la burguesía, destacaron en profesiones intelectuales y ocuparon altos cargos públicos. No obstante, la población húngara en su conjunto —el jornalero, el pequeño agricultor, el obrero— seguía siendo inculta. En cierto modo, la cultura «se desarrollaba» sin ellos. La literatura, la música, las artes plásticas eran tan accesibles para los campesinos y los obreros como para la burguesía y la aristocracia, pero los campesinos y los obreros raramente tenían la oportunidad de realizar el esfuerzo que supone adquirir una cultura básica. Por su situación social y, en general, sus condiciones de vida, dedicaban su tiempo a asegurarse el sustento del que dependía su subsistencia diaria y no les quedaba energía, ni física ni intelectual, para realizar ningún esfuerzo suplementario. Por eso, yo resultaba tan ridículo —en mi país en los confines de Europa, en mi hermoso despacho, sentado a mi escritorio— cuando creía estar escribiendo para el conjunto de la nación aquellas pocas líneas que me tocaban cada día. Lo pensaba con la soberbia enfermiza de los escritores, con la rebotante

confianza en uno mismo que suele acompañar el trabajo de creación intelectual. El escritor, el artista, está convencido de que transmite la inspiración divina y un mensaje celestial, a través de su lengua materna, a los hombres con los que comparte la patria y el idioma. Pero en realidad no escribía para toda la nación sino para una parte de ella que se distinguía por su gusto y su cultura. En Hungría este segmento de población no era insignificante. En la Hungría anterior al hundimiento, mucha gente dedicaba dinero, tiempo y atención a una literatura y unas artes que exigían un esfuerzo intelectual; en proporción, este porcentaje era tal vez superior al de los países vecinos o los países occidentales más ricos y cultos.

Por supuesto, estas personas —lectores, aficionados al arte, el público habitual en los conciertos y exposiciones, en los teatros de las ciudades— no siempre se acercaban a la literatura y las artes con una curiosidad sincera y una base cultural sólida. Había muchos esnobs, gente vanidosa y adinerada a la que, si hablamos de literatura, sólo le preocupaba estar al día de las novedades para hacer ostentación o simplemente para seguir la moda. Sin embargo, en mi país existía una capa social relativamente nutrida que concedía verdadera importancia a la literatura y la cultura. En esa época, la aristocracia había perdido su histórico papel de mecenazgo, pero la burguesía, en particular la de la Alta Hungría y la de Transilvania,\* así como la comunidad judía de provincias, valoraba toda manifestación intelectual húngara con verdadero interés y generosidad. Después de la Primera Guerra Mundial,

---

\* Como consecuencia del Tratado de Trianón (1920), la región septentrional de la Alta Hungría pasó a formar parte de Checoslovaquia, mientras que Transilvania se adjudicó a Rumanía.

cuando el Tratado de Paz de Trianón amputó las zonas de Transilvania y de la Alta Hungría del cuerpo milenario del país, fue precisamente esta clase social transmisora de cultura la que se desgajó de la vida colectiva de la nación, una clase que tenía la tradición y conciencia de su propio papel, que se sabía llamada a alentar, conservar y promover la cultura húngara.

El campesino rico, la *gentry* de la región entre el Danubio y el Tisza, la mayor parte de la burguesía de Pest, dedicada al comercio y los negocios, no mantenían una relación sincera con la causa de la cultura húngara; los burgueses de la Alta Hungría y de Transilvania, los judíos de provincias, sí. Es cierto que en la capital la alta burguesía judía sustituyó a la aristocracia en el mecenazgo, pero el «burgués de Pest», esa burda mezcla de inmigrantes de los más diversos orígenes, de judíos y de suabos, más bien apoyaba la cultura superficial y de inspiración ligera que florecía en los cafés y en las gacetas populares y que poco tenía que ver con el espíritu de la nación.

Yo era consciente de todo esto cuando aquella mañana de abril me senté al escritorio de mi despacho en Buda —como todos los días desde hacía décadas— con el fin de proseguir el trabajo que había empezado, esa tarea obsesiva. Lo sabía y, en cierto modo, no lo sabía. En realidad, escribía sólo para algunos sibaritas literarios y para diez o quince mil lectores de procedencia burguesa.

En Hungría, aquellos cuya profesión giraba en torno al oficio de editar y vender libros siempre se lamentaban —medio en serio, medio en broma— de que los lectores húngaros no manifestaban una voluntad entusiasta y espontánea de *comprar* libros, sino que la mayoría de las veces había que *venderles* los libros recurriendo a estrategias y a la publicidad... Dicho así no era del todo cierto,

pero hay algo de verdad en esa acusación. [Repito, la comunidad judía de provincias, y por supuesto la de Budapest, compraba libros, y también los intelectuales de la Alta Hungría y de Transilvania.] Lo que los libreros llamaban *sortiment*, la compra espontánea de libros, era el pasatiempo de una parte bastante pequeña de la sociedad. Yo escribía para esa clase, como todos los escritores húngaros, también los que procedían del campesinado o de la clase obrera y escribían sobre la vida y los problemas de estas clases. El obrero y el campesino no compraban libros y las obras de los antropólogos y de los escritores socialistas también las leía la burguesía. Tan sólo un grupo muy reducido de la antigua clase obrera socialdemócrata destinaba ocasionalmente una parte de su salario a la compra de libros.

Sin embargo, en la vida de una pequeña nación, que diez o quince mil lectores estén dispuestos a gastar su dinero, de forma voluntaria o mediante previa persuasión, para sostener la literatura nacional no es poca cosa. Esas quince mil personas relevaron a los señores feudales en su papel de mecenas; mantenían con vida la literatura húngara, la alentaban, la comprendían, daban sustento a los escritores, les permitían crear obras importantes en esta solitaria lengua oriental. Después de las transformaciones sociológicas y de las reformas de mediados del siglo XIX, la burguesía había cumplido sus obligaciones con la cultura húngara. No tenía la culpa —y tampoco la tenía la literatura— de que la cultura siguiera siendo en su mayor parte privilegio y experiencia de una sola clase social.

En las capas más profundas de la estructura social húngara existía una gran masa de población que no tenía más educación que la elemental —leer y escribir— y que nunca tuvo acceso a unos conocimientos más avanzados.

Naturalmente, había excepciones y no pocas, pero si se analiza en su conjunto, hay que reconocer la amarga verdad de esta acusación. Y para aceptar esta verdad, que es también una denuncia, es necesario examinar la historia húngara. Seguramente el campesino y el obrero danés, sueco, holandés, inglés o francés tienen una cultura media superior a la de los húngaros; el obrero y el campesino austríaco y alemán también leen más. Pero estos pueblos —por muy sangrienta que haya sido su historia— no pasaron por tantas vicisitudes como la sociedad húngara. No olvidemos la etapa de la dominación turca. En tiempos de la dinastía Árpád y, más adelante, de los Anjou, la nación húngara constituía una importante potencia europea. Su población sobrepasaba los cuatro millones de habitantes —superando en ese momento a la de Inglaterra— y tanto su organización social como los dispositivos culturales se desarrollaban según las pautas intelectuales que imperaban entonces en toda Europa.

Cuando los turcos se batieron en retirada y abandonaron el país, después de ciento cincuenta años de despotismo opresor, asfixiante y bárbaro, la población húngara había menguado a un millón y medio de habitantes. Extensas regiones del país que habían quedado totalmente despobladas, la Sirmia y el Banato, se llenaron entonces de colonos suabos. Durante aquellos ciento cincuenta años se había quebrado la columna vertebral de la nación. Tras la marcha de los turcos, los húngaros, un pueblo oriental fuerte y talentoso, habían dejado de ser un motor del centro de Europa. Habían lidiado a lo largo de ciento cincuenta años con unas fuerzas invasoras salvajes y despiadadas, habían soportado que las hordas de jenizaros se llevaran a los hijos de varias generaciones y habían presenciado cómo saqueaban el país. ¡Qué pueblo



no quedaría agotado ante desafíos tan brutales como éstos! Y no debe atribuirse a un escaso anhelo de libertad o a la falta de cultura de la sociedad el hecho de que el desarrollo de Hungría después de la dominación turca quedara rezagado respecto a Occidente: simplemente, faltaba la argamasa nacional, el nutriente que brota de las reservas profundas y vivas de la sociedad, la burguesía, que debería haber tomado, en cumplimiento de su rol y de su vocación social, las riendas del país. Sólo podía desarrollarse una verdadera clase burguesa, que supusiera una fuerza social en el sentido occidental del término, en la Alta Hungría y en Transilvania, que en su mayor parte se libraron de la ocupación turca. Entre los ríos Danubio y Tisza, en el Transdanubio, no existían más que el gran señor y el campesino pobre, aunque en sus confines sobrevivieron los vestigios de una burguesía. En aquellos ciento cincuenta años se había desmoronado una nación; quedó un territorio y la población húngara, debilitada y en escaso número; quedaron los descendientes de los emigrantes suabos, eslavos, serbios, y quedó un refugio maravilloso: la lengua húngara. En esta lengua escribimos, desde mediados del siglo XVIII, todos los escritores. Éste fue el último refugio de la nación. En esa lengua escribía yo la mañana en que Hitler entró en Viena al frente de sus tropas en un gran automóvil, con gabardina, de pie y saludando con el brazo en alto, en una grotesca imitación del gesto de Julio César. Yo estaba sentado en mi hermoso despacho en Buda y escribía en húngaro... ¿para quién? Entonces aún no sabía que aquel día empezaba la desaparición de los últimos bastiones de la cultura húngara, de aquellos que, aun de forma intermitente, la habían construido y alentado tras la dominación turca. Yo no sabía que aquel día se iba a producir el exterminio de la burguesía húngara.